

## Rainy Day Women

# H

"Seguiré tu consejo: Voy a cambiar de imagen", me dice **H** mientras ataca el perrito caliente. **H** es aterradoramente joven. Tan joven que Sartas, el kioskero, me lo tiene advertido: "No me molesta que vayas cada día a comer con una mujer distinta. La verdad es que te lo envidio, si quieres saberlo. Pero sí que me da grima el hecho de que te pongas en ridículo a veces, invitando a jovencitas de las que, a poco que hubieras aprovechado el tiempo, ¡por todos los santos! , podrías ser su abuelo".

Valoro en lo que vale la opinión de Sartas, pero es que a mí no me preocupa la edad mientras sean mujeres. **H** no tendrá mucho más de los dieciocho, pero es mujer. Y como tal ha cedido a las que son mis pretensiones sobre cualquier mujer con la que me relacione: Intentar cambiarla. Empezando por el aspecto. "Sí, me voy cortar el pelo: pero no me lo teñiré rubio, como querías, sino negro. Además, en adelante voy a ser punk". "¿Punk?", protesto alarmado. " Sí, punk", contesta ella, y mientras me mira con ojos lejanamente cándidos añade: "Hummm... está buena esta parte del perrito". Y le da un súbito bocado que me hace cruzar furiosamente las piernas. "Estás loca" -le digo- "Vale que a tus años estés aún buscando tu identidad, pero yo te digo que tienes clase. A poco que te esforzaras te convertirías en una de esas mujeres que guardan la lencería en la caja fuerte. ¿Por qué quieres ser punk?". "Mola", dice simplemente mientras me mira picacona. Me quedo parado y quieto, atisbando a lo lejos la sonrisa cínica de Steady y la cara de disgusto de Brönte, la camarera. Desde luego la frase de **H** ha sido definitiva. La juventud de hoy no le pide a las cosas fundamentos, ideales o trascendencia. Simplemente les basta con que molen. Y como molen, ya puedes razonar como Kant, que no les harás bajar del burro. Claro que yo siempre lo intento. "**H**, cariño... escucha... A una auténtica mujer se la reconoce por el olor que la precede. En tu caso, como te hagas punky, mas que olor, te precederá el sonido a quincalla que proclama a las chatarrerías ambulantes". "No te preocupes. A lo mejor me dura poco. Como tú". Intenta darme un pellizco y le pego en la mano. **H** sostiene que estamos saliendo, pero la verdad es que como una vez al mes con ella, un poco por curiosidad, otro para enfadar a Brönte y el tercer poco por despertar el morbo de Steady, que está muy interesado, literalmente, en saber "cómo lo hacen las de

ahora". ¿Y yo qué sé cómo lo hacen? Apenas soy un triste pájaro carpintero con dolor de pico, que no consigue horadar el tronco de la juventud; no voy detrás de **H**, tan sólo camino a la búsqueda del tiempo perdido, tal y como hacía Proust sin levantarse de la cama. **H** quiere llevarme a la cama, pero yo la contengo. "Solo es para contárselo a mis amigas. Ya sabes que yo no estoy contigo por el sexo, sino por tu aire de profesor. El sexo ya me lo hago con cualquier mozalbete que lleve una camiseta que me mole". Me río. "¿Te vas a comer el postre?", me dice. "No", digo mientras la miro de arriba abajo pensando que sí, que debería comérmelo y no tener tantos escrúpulos. "¿Cuándo te irás de mi lado?", pregunto. "En uno o dos años, si no consigues ser famoso". Entonces es cuando pongo la cara de Bogart que Dios me obsequió y le comento: "Nena, nunca triunfaré y lo sabes. Para un escritor como yo la fama consiste en conseguir que en los supermercados de alimentación regalen uno de sus libros con cada pack de tres latas de paté. Y considerando que en algunos escritos me dejo el hígado, lo que al final se lleva la señora son cuatro latas de paté".

*es.humanidades.literatura*  
25 febrero 2004